

CORREO DE XEREZ

DEL DOMINGO 27 DE DICIEMBRE

DE 1801.



SEÑOR EDITOR:

El escribir para el público sin tener toda la instrucción que se requiere, y mas en un papel periódico en el que cada uno puede á su salvo hablar lo que quiera, es una conocida y fuerte tentación, á la que muchos ceden y cunde como epidemia por toda nuestra atmósfera, inficionando á quantos se hallan algo preparados de la vanidad, y han leído tal qual cosa.

De tan honroso número soy yo que con el mismo objeto que V. quiero contribuir á arrancar algunos de los abusos, que por nuestra desgracia reynan, y de los que quizá no estaré exento, y por tanto empiezo á hablar á V. de la *inconsequencia*.

Ella es uno de los males mas perjudiciales al hombre con respeto á sí mismo, y con respeto á la sociedad. Aquel dicho tan repetido de los antiguos *nosce te ipsum*. conócete á tí mismo; y tan olvidado de nosotros, debia practicado ser el nor-

130. 107. (101. 111)

te y la regla por donde dirigiésemos nuestras acciones, y su ignorancia; ó por mejor decir, su ninguna práctica es el origen de las *inconsequencias* de los hombres; porque á la verdad ¿ cuántos males evitarían estos, si antes de emprender qualquiera cosa, se tomasen el pulso á sí mismos, reflexionasen cuánto pueden, conciderasen seriamente toda la extension de lo que emprenden y contemplasen todas sus conseqüencias posibles? Aquella perturbacion y ansiedad de ánimo que continuamente los aquexa; aquella inconstancia que los hace insufribles aun á sí mismos; aquel fastidio que les roba los mas dulces placeres que produce la consistencia de los pensamientos; aquella pusilanimidad con que dudan de la bondad de todas sus acciones; aquella indolencia con que apenas ponen la mano á qualquiera cosa útil la retiran; aquel desareglo en la comida y bebida que causa tan perniciosos efectos en su salud; aquel mal humor que en fuerza del ningun sosiego, los domina; todos estos males cesarian, si conociéndonos seriamente á nosotros mismos, no emprendiésemos cosa alguna sin este conocimiento.

No hablo aquí, Señor Editor, de la *inconsequencia* en asunto de Religion, así en la creencia de los artículos que ésta propone, como en la práctica de los deberes que manda cumplir; esto pedia mas exácta discusion y talento mas sublime, así pues solo me limito á tratar de los daños que ella causa al hombre en el orden natural.

Ellos son bien manifiestos, si damos una ligera mirada sobre la conducta de los hombres

de todas clases y estados, y veremos á aquel que sin los suficientes talentos emprende una carrera en la que su vanidad, ó presunsion le hace introducirse: á este que sin la debida preparacion toma un estado, cuyas obligaciones ó no desempeña, ó si las practica es con una suma violencia; al otro que siendo padre, sin consultar á las circunstancias, talentos é inclinaciones de su hijo lo precisa á ligarse toda su vida con unas obligaciones que no quiere abrazar: al otro que hace un trato, y despues ó falta á la legalidad no practicándolo en los términos que lo hizo, ó con pretextos frívolos y vanos se vuelve atrás de lo pactado: aquí notamos una multitud de jóvenes ociosos, que solo se ocupan en pasatiempos y diversiones, sin atender á proveer á su subsistencia para lo sucesivo: allí advertimos una porcion de hombres perezosos que ocupan las puertas de las barbeiras, las tabernas y casas de juego sin atender á sus casas, familias, y domésticos. Todos estos son los efectos perniciosos de la irreflexion, del ningun conocimiento de nosotros mismos, de la *inconsequencia*, con respecto á los mismos *inconsequentes*. Pero ¿Quántos son, si atendemos á los daños que causa con respecto á la sociedad? ¿Qué vasta materia, Señor Editor, para llenar (dedicándose á ello exclusivamente) varios números de su periódico? ¿Qué no pueda yo hablar de todos con la mayor concision y brevedad? ¿Qué no pueda difundirme ni hablar de la mala fé, de la disipacion de los caudales, de la altanería de los poderosos, del abandono de los perdioseros holgazanes, del aban-

SUE

R2

do-

dono en que dexan los padres á sus hijos, del descuido de su educacion, y de otras infinitas cosas que todas son efectos de la *inconsequencia*, único origen de los males que sufre el hombre respecto á la sociedad.

La inconnexion de los discursos, su ninguna solidez, con la ninguna verdad que los acompaña, la variedad de dictámenes, los dictérios, las desvergüenzas, la falta de palabras, son otros tantos obstáculos que separan al hombre de la sociedad; todos huyen como de peste, del hombre que no lo es, faltando é su palabra, que choca con sus expresiones afectadas y pedantezcas, que quiere hacer valer su dicho sobre los de los demas que por indeminizarse de su *inconsequencia*, busca pretextos donde no los hay, que aun viendo la insuficiencia de los motivos que señala, se explica con expresiones indecentes y desvergüenzadas. Esta es una clase de hombres que deberían vivir en los campos con las fieras, y ser separados de todo trato humano; convendría ciertamente no ser racional ántes que usar tan mal del alto caracter de tales.

He dicho algo, Señor Editor, de los perjuicios que ocasiona la *inconsequencia*, á los hombres con respecto á la sociedad. Pudiera decir mas pero el temor de prolongarme demasiado, junto con el deseo de que publique V. estas reflexiones en su periódico, sin dividir el discurso, me detienen.

Ahitada mi fantasia de estas ideas, he tenido esta noche el sueño siguiente que por raro refiero á V.

SUEÑO.

Una noche en que mas á pierna suelta,
 En la mullida cama yo roncaba,
 Sin dar ninguna vuelta,
 Este sueño soñaba ;
 El más estrafulario que he tenido.
 Me hallé, pues, derepente
 En el lobrego infierno tan temido
 De la perversa gente ;
 Donde ví tantas cosas,
 Que solo contaré las mas graciosas.
 ¿ Qué pintura bastante
 Será, para hacer ver los calabozos
 Con el fuego incesante,
 Los gritos, los sollosos,
 De aquellos infelices miserables,
 Que eternamente rabian sin consuelo,
 Sufriendo aquellas penas perdurables,
 Con un eterno duelo?
 Discúrralo el prudente,
 Y dispénseme á mí de que lo cuente.
 Solo referir quiero
 Que hice una observacion algo curiosa,
 Y de la qual espero,
 Que por ser tan graciosa,
 Será ocasion de risa,
 Como lo fué sin duda
 Para mí, aunque á decir la verdad lisa,
 Con miedo lo observé, y aun se me muda
 El color al momento
 Que algunas cosas de este sueño cuento.

Ob-

Observé, como digo,

Que allí los condenados conservaban

(Y soy de ello testigo)

Los vestidos que usaban

En el mundo viviendo,

Por lo que se veían

Clérigos, frailes, monjas advirtiendo,

Que los que mas allí se conocían,

Eran mil pisaverdes, chavacanos,

Currutacos, mil flores, escribanos.

Sobraban militares y abogados,

Y aun médicos, para que no faltase

De clases, profesiones y de estados,

Familia que habitase

Este país caloroso;

Pero estaban tan juntos y apiñados,

Que era caso gracioso,

El ver qual se empujaban irritados,

Siempre en continuas bregas,

Contiendas, deszasones y refriegas,

De demonios un número copioso,

Que fueron los primeros que poblaron

Este país obscuro y tenebroso,

Advertió que empezaron

Á atormentar á todos

Aquellos condenados,

Con varias mañas y distintos modos;

Pero á los mas malvados,

Del esta sola manera atormentaban,

Y es que con ellos al balon jugaban.

Danas de manton corto, y saya alta,

Pantalón encarándo hasta los hombros,

Y sin ninguna falta,
 Como viles escombros
 Eran pisadas y peloteadas;
 Y muchos currutacos,
 De calzas largas, anchas y ajustadas
 Volaban por el aire como taços,
 Que del cañon saliendo
 Se van por nuestra atmósfera esparciendo.

Dos diablos de aquellos empleados,
 Estaban con un pobre de esta lalla,
 Y que de él solo eran diferenciados
 En la ropa y la talla,
 Porque figura á ellos mas parecida
 En el rostro y facciones,
 No la he visto en mi vida;
 Moño en zapatos, estrechos calzones,
 Su vara de estatura, y á la griega,
 El pelo, y al pescuezo su talega,
 Ó pañuelo apretado,
 Con su levita corto, mucha parla,
 Y su sombrero largo y amonado;
 Era tanta su charla,
 Su quexa y su lamento,
 Que á un diablo de aquellos jugadores,
 Dixe con sentimiento:
 ¿ Por qué á él mas que á otros tales disfavores
 Hacian, y qué pecados,
 Debian ser en él mas castigados?

Todo el que aquí padece,
 (Me respondió el diablo) es castigado,
 Segun que nos parece;
 Mas el *inconsequente*, atormentado,

Es mas especialmente, *Y sin ninguna falta*
 Esta fea figura *Como viles escombridos*
 Que ves atormentar tan cruelmente, *Ernan*
 Es el alma comun, baxa y obscura, *Y mucho*
 De uno, no de pecar, arrepentido, *De castidad*
 Tramoyor, y hablador descomedido. *Volar*

Quando me hablaba esto con empeño el diablo
 desperté, y se acabó el sueño.

El Escolar Geditano.

SECRETO

Para hacerse amar las mugeres de sus
maridos.

Una Señora virtuosa fué preguntada por otra,
 de qué medio se valia para conservar la estima-
 cion de su marido; le respondió: hago todo lo
 que es de su gusto, y sufro con paciencia todo
 lo que no es del mio.

EPITAFIO á A. B. C.

Aquí duerme aquel, á quien
 Adormeció el Noticiero:
 Ya no sueña, pasagero.
Requiescat in pace Amen.

Ayuntamiento de Madrid